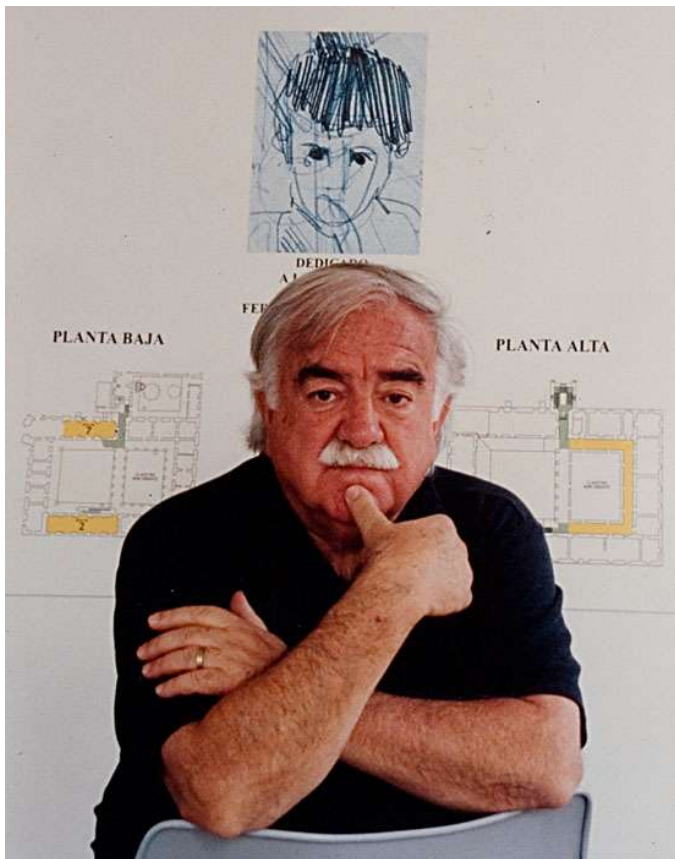




Ramón Avila

Críticas



RAMÓN ÁVILA: UNA REVISIÓN DE SU PRESENCIA ARTÍSTICA EN GUATEMALA.

Por
Guillermo Monsanto
Guatemala, 2000

“Gris semilla de hielo
Plomizo golpe de bala
A un tiempo detuvo
su voz
su pulso
sueño.”

Luz Méndez de la Vega
(Inspirada en la pintura de Ramón Ávila)

El trabajo creativo de Ramón Ávila (Barcelona, España 1934) es antecedente, testigo y parte fundamental de los movimientos plásticos guatemaltecos a partir de la década del 60, que es cuando se establece en este país (del que más adelante adopta la nacionalidad).

Su creación fue solicitada desde 1963, en coincidencia con el nacimiento de las galerías de arte contemporáneo particulares de Guatemala, para exponerse en espacios como la pionera sala “DS” y, un año después, la subasta “Juannio”. En esta última consiguió meritoria e ininterrumpida presencia por más de 3 décadas. Lo mismo sucedería en otras actividades de éste y otros géneros que fueron surgiendo con el correr de los años.

Hay que remarcar aquí una primera actitud en Ramón Ávila. Ésta es el interés con el que ha ido aportando conceptos plásticos a los ideales de cada época. También se debe resaltar la fuerza con la que se involucró en la quijotada de despertar, junto a un nutrido grupo de artistas, el criterio selectivo de un público no iniciado que recién en aquellas alturas del siglo orientaba la atención hacia nuevas maneras de expresión.

El acercamiento con los creadores que encabezaban los movimientos de búsqueda de la década del 60 fue inmediato y, por lo mismo, la acción de su propuesta. Presencia temprana que no sólo le otorga filiaciones históricas sino que también le permite ejercer puntos de vista críticos respecto a otros artífices surgidos a la vera de aquella generación.

Es de mencionar, también, su influencia en otro campo distinto al de la plástica. Su participación como publicista y diseñador gráfico marcaron un hito en esta rama de expresión. Esto debido al discurso que pudo ejercer en la entonces naciente cultura. Los cargos que desempeñó dentro de una de las más grandes agencias publicitarias de carácter internacional del período y la relación desarrollada con otros medios entre los que se incluyen los de comunicación - nacionales y centroamericanos – le abrieron las puertas de contacto entre la imagen gráfica y el (y lo) guatemalteco.

La compilación pictórica que se presenta en esta ambiciosa exposición contiene, salvo algunos ejemplos que se consideró necesario tomar en cuenta como parte del historial del artista, obras realizadas en Guatemala. Por lo tanto son pinturas que asumen los resultados logrados en la experiencia adquirida en su Europa natal y el paso por el animado y multicultural Brasil. Trabajos que constituyen, por lo mismo, una visión refrescante que de entrada propuso puntos diferentes de vista que no tardaron en interactuar y nutrirse en la dinámica y convulsionada "Patria del Criollo."

Esta exposición se hacía necesaria por múltiples razones entre las que destaca la falta de registros confiables sobre el quehacer de los maestros de la plástica nacional. Ausencias documentales notorias que han provocado que los artistas neófitos se adjudiquen hallazgos que no les corresponden ya por desconocimiento, ya por impostura, ya por cualquier pretexto relacionado con la permisiva costumbre de la apropiación excusada por los pseudointelectuales, autonometrados, posmodernistas.

Hay que tomar en cuenta que, por esa actitud, la reciente generación de público sensible ha estado expuesta a una bibliografía viciada que, manipulada, niega convenientemente todo posible aporte que les anteceda.

Más importante es, sobre todo lo expuesto, apreciar esta larga trayectoria artística como parte de la historia viva de las artes recientes de Guatemala.

La organización cronológica de la pinacoteca que se exhibe en este imponente convento colonial, "La Compañía de Jesús", recién rescatada por la Agencia de Cooperación Española, traza una línea recta de acceso y referente crítico que se presta para orientar estudios paralelos. Puede anotarse por lo tanto, sin temor a equívocos, que puntualiza en sus diferencias y coincidencias la riqueza del vasto período profesional que abarca. Entre estas particularidades destaca el énfasis que Ávila da a la experiencia de crear en todo momento sobre grandes formatos (sin despreciar los demás soportes por él explorados).

Otra característica a resaltar en la expresión de Ramón Ávila se relaciona con su origen natal y es la manera directa, sin rodeos, con la que aborda las temáticas, medios y los recursos a su alcance. En esta línea, ya en abstracto o ya en figurativo, la comunicación alcanza proyecciones de posibilidades desbordantes por el ímpetu con el que traslada el sentimiento. Esto debido al poder existencial inherente en su plástica, la cual ha mantenido durante todo el lapso por la sabia aplicación de elementos cromáticos, matizados con líneas expresionistas, que rematan siempre con humana intensidad el sentimiento representado.

Así Ramón Ávila va contando por medio del retrato, los abstractos, las figuras expresionistas de sensibilidad crítico-social y otras incursiones (entre las que hay que destacar la primacía ejercida en el medio cultural a través del profundo conocimiento de la estampación), las experiencias por él vividas a lo largo de todos los años transcurridos en Guatemala. Una panorámica que, desde el principio, transmitió el punto de vista del hombre, sensible, que se sumergió sin condiciones en la intrincada, dinámica y peculiar cultura nacional.

El campo de la stampa (grabados en todas sus variantes), se subraya especialmente, no se debe pasar por alto porque es fundamental en su crecimiento profesional. En esta expresión ha realizado aportes incomparables en el desarrollo a conciencia de la disciplina de la gráfica artística. De su taller han salido impresiones personales y de múltiples creadores nacionales y extranjeros.

Aunque para esta muestra en el convento de "La Compañía de Jesús" se han seleccionado algunos ejemplos, exponer la gráfica realizada por él requeriría otra exhibición de iguales dimensiones que la presente. Pensamiento que lleva nuevamente a recordar que ésta, a pesar de lo abarcado, es sólo una revisión de creaciones escogidas a partir de los años 60. También es un claro indicador de la tenacidad creativa del autor.

Las conclusiones finales las aportará el público que visite la colección. Los instrumentos paralelos para este entendimiento: Proyecciones, visitas guiadas, conferencias y la interrelación con el cuerpo profesional que ha servido de apoyo para la "revisión" solo serán eso, instrumentos. Al final es la obra (y sólo ella) la que ostentará el mérito de haber impresionado al visitante...

LOS ECOS DE SU TRABAJO... MÚLTIPLES PUNTOS DE VISTA.

Guatemala es un país muy singular cuando se trata de evaluar cuestiones relativas a la creación de sus creadores.

Las características políticas y culturales de la nación han limitado la proyección del producto artístico de la mayoría de sus grandes hombres y mujeres a un circuito de entendidos que han asumido las propiedades promotoras que las entidades públicas no han podido llenar.

Situaciones diversas han relegado a los protagonistas a espacios que, aunque de privilegio, no logran muchas veces la fuerza para implantar el contenido de lo que presentan y dejar una secuela para ser aprovechada a futuro. Por otro lado la pobreza documental-artística existente en los museos nacionales, las bibliotecas públicas, las escuelas estatales - y privadas -, resaltan la incapacidad que han alcanzado las políticas culturales de la nación a lo largo de todo el siglo XX.

A pesar de ello, el artista guatemalteco, ha sobrevivido a todos los avatares y ha seguido dejando la huella necesaria para facilitar el puente entre su obra y el público. El plasticista, por lo tanto, también ha sido un buscador constante de lugares alternativos y, al mismo tiempo, guardián de las ideas que rondan su trabajo.

Ramón Ávila es hoy por hoy un artífice cuya filiación lo ubica como habitante de dos realidades completamente diferentes que por un lado se excluyen y por el otro se complementan. Él dice ser y de hecho y corazón lo es, de San Lucas Sacatepéquez y de Cataluña, o viceversa.

Probablemente esta mezcla rica de experiencias de vida sea la que ha permitido, durante años, puntualizar tantos comentarios analíticos acerca de su obra. Ávila se convirtió, a los ojos expertos de otro personaje notorio por su propia diversidad - Tasso Hadjidodou-, en "el conquistador conquistado" por Guatemala.

En ese comentario, realizado en octubre de 1982, Hadjidodou cita a Ramón Ávila expresando que "en Guatemala todo está en foco" en referencia, anota, "a la nitidez de la gama de colores que adornan hasta el último rincón del país." Y es que como artista el campo estaba abierto y él supo construir en éste, sin resistencias que lo excluyeran, una carrera firme y bien cimentada en la formación autodidacta en un sentido y bien nutrida en experiencias formalistas en el otro.

Hay que agregar a este arraigo voluntario un párrafo escrito por Raúl Oyuela Sánchez, presidente de el Museo de Arte Hispánico y Latinoamericano en la Florida (1993), en el que deja ver que el pintor se estableció en Guatemala porque presintió a "una nación de importantes culturas y profundo contenido histórico." ¿Qué mejor alimento para el espíritu inquieto de un creador?

LOS PRIMEROS AÑOS.

El referente, presente en toda la obra realizada por él durante los años transcurridos desde su arribo, no sólo pasa a pertenecer a su dominio como artista. Es la fusión de sus experiencias humanas que paulatinamente se convirtieron en esa realidad que le confería ser parte de algo. Es el hecho que se transformó en la acción de establecerse y buscar el desarrollo integral de la vida profesional y familiar en el regazo de una tierra que no se le hizo extraña nunca. De un territorio en el que ha amado, enterrando a sus seres queridos y visto el nacimiento de nuevas generaciones filiales. De ello y su experiencia como guatemalteco se pueden inferir los fuertes valores humanistas aplicados, de manera escalonada y espontánea, en las pinturas surgidas en la década de los sesenta.

Lo que presentó en 1964 en la galería DS, y más adelante en la Vértebra, era en esencia una figuración abstracta. Esos atisbos arrastrados de su experiencia pasada, en Europa y Brasil, quedaron expresados, a los ojos de Jorge García Arévalo, dentro de una “poética, delicada de gran poder imaginativo.”

Abstracciones de ricos matices que fueron adquiriendo formas en tanto Ramón Ávila se nutría revalorizando en su plástica los elementos culturales de lo guatemalteco. Mientras se asimilaba a la historia del país desde adentro, desde la experiencia. Mientras entendía las realidades expresadas en la fuerza de las tradiciones tan arraigadas, no como turista, sino ya como protagonista. Mientras se “chapinizaba.”

Entre la exposición en la DS y su relación como parte del grupo “Vértebra”, Ramón Ávila fue indagando nuevamente el mundo de la figura realista que ya había dejado atrás en España y Brasil. Guatemala le presentó imágenes ricas en color, nostalgias, contrastes, alegrías y dolor... visiones que como creador decodificó para extraerles la esencia y que, ya asimiladas, reconstruyó a su ritmo, otorgándoles los beneficios plásticos que aporta el verdadero artista.

Esa figuración por él empleada puede aparecer en la actualidad, a la vista de los años ya transcurridos, como la necesaria inquietud de ingresar a la realidad expresiva del pueblo. La voluntad de ser parte de ella interactivamente. Un núcleo vital dividido por ideales y que, comprometido o no en sus luchas internas, le atrapó en las ricas posibilidades comunicativas coexistentes con la pluriculturalidad reinante desarrollada a lo largo de quinientos años de fusiones históricas.

Si bien la experiencia le llevó por otro camino diferente del que indagaban otros artistas de su generación con los que interactuaba, aquella obra que rozaba actitudes terriblemente humanistas le facilitó, con independencia notoria, a la par de las tendencias jóvenes que lideraban el medio. Estas eran patentes en las producciones de creadores como Elmar Rojas, Marco Augusto Quiroa y Roberto Cabrera, principalmente.

Esa cercanía, y a la vez divergencia, quedó plasmada en varios documentos tempranos de la década del setenta.

Ávila fue visto por el ya citado Jorge García Arévalo como “el cuarto mosquetero” - de Vértebra – “que puso su pincel para romper todo molde, pues su pintura” estaba “fuera de los cuadros tradicionales y también dentro de ellos.” Visto el comentario retrospectivamente y sin malicia intencionada, ¿se podría presumir que la obra de Vértebra era la tradicional de aquel momento y la de Ávila la que no lo era? Lo cierto es que en la invitación para la inauguración de la galería del mismo nombre, en 1969, se realizó una distinción notoria con relación a la independencia de Ávila respecto al grupo. Ese espacio, durante sus meses de existencia, se convirtió en un punto de convergencia y atención cuyos ecos han perdurado hasta la actualidad.

En el mismo año, en septiembre de 1969, Ávila expuso allí una colección de pinturas y dibujos. Roberto Cabrera puntualizó “que, en su mayoría, tenían la huella del abstraccionismo expresionista con cierta dosis de lirismo, que entonces se realizaba en América Latina, siguiendo también las huellas del expresionismo abstracto norteamericano del informalismo Europeo.”

Tanto en la muestra de la DS como en ésta, continúa Cabrera, los trabajos se caracterizaron por manifestaciones relacionadas con “el tachismo y el informalismo europeos y, la action painting norteamericana, en sus retomas y reestructuraciones latinoamericanas y fundamentalmente brasileñas.” Concluye que lo presentado en aquella exposición fue “la simiente de la figuración y del organicismo que lo caracterizan hasta hoy.”

El hecho es que la abstracción, de por sí, es inquietante en comunidades en las que lo concreto amarra las pesadillas con la realidad. En Guatemala la crítica como disciplina no ha aportado – salvo notorias excepciones - los beneficios del ejercicio de opinión y de intercambio de ideas que debiera. Ésta no sólo ha aislado al artista si no que ha relegado su producción a la acción a elites cuya formación rara vez les permite el acceso a los contenidos formales de la obra.

Las creaciones de Ramón Ávila estaban, por lo mismo, al igual que la de otros artistas, buscando su espacio en un medio hostil a cualquier expresión en general. De tal modo que los logros de sus contemporáneos se discutían en círculos de selectos profesionales y muchas veces las conclusiones llenaban una función académica adentro del gremio.

Hay que recordar aquí que Ramón Ávila, además de ser artista, poseía una carrera paralela como diseñador gráfico y un nombre cimentado en el campo de la publicidad tanto en España y Brasil como en este país. Eso le facilitaba indagar en otras líneas visuales al mismo tiempo que evolucionaba hacia lenguajes que definirían su labor de los próximos años. También le daba la experiencia necesaria para enfrentar las limitaciones que la misma sociedad guatemalteca se imponía en cuestiones relacionadas con el aislamiento reinante.

LA FIGURA COMO CONEXION CON LA REALIDAD

Para 1969 ya había realizado una serie de retratos que, dentro de lo no convencional, le habían granjeado un nombre dentro del círculo del incipiente coleccionismo de aquellos años. De éstos, y la fusión de ideas preponderantes del período, se desprendieron múltiples retratos de corte social. Habita en estos la esencia que permite ver la continuidad plástica del artista.

Luz Méndez de la Vega, en 1970, centra su atención en lo producido por Ramón Ávila en los siguientes términos: "...de notas terrosas, de oscuros ocre, de sombras y bultos violentamente negros - casi monocromía de negro caoba - y de la que apenas emergen apagadas notas de luz o de color para dejar adivinar o emerger a la superficie fugaces líneas, que nos dan la idea de bultos desdibujados, entrevistados a través de un grueso muro de vidrio que separa esa realidad de nosotros.

Y esa realidad es captada a través de una peculiar manera de mirarla. Manera que lleva impresa el trasfondo de su cultura pictórica hispana. Pero de la que tiene la hondura más desgarradora de toda la pintura española...

Ese recuerdo enraizado en su carne y sangre española ha fructificado aquí, revivido por la grotesca realidad del mundo oscuro de los "oscuros" guatemaltecos: guatemaltecos de los barrios marginales y campesinos e indígenas de pueblos y mercados o del folklore visto por el lado del revés de sus trajes alquilados o de las máscaras estucadas de violentos rosas o de los dorados cabellos de los bailarines moros o de la danza del venado... manera de ver, de aprehender el mundo subterráneo de un pueblo que ha dejado de ser, y que es como un feto condenado a muerte antes de nacer y al cual pudiéramos ver a través de las sucesivas capas transparentizadas de un vientre en el que ya ha entrado en descomposición."

Iniciándose la década de los 70, se desprendió, al menos temporalmente, de las abstracciones y abrazó una amplia gama de figuras expresionistas de ascendente realista. Dramático en algunos casos, poético en otros. En todo caso no hay que perder de vista la ruptura, brusca sí se quiere, con lo que había expuesto hasta aquel momento.

En el mismo año, 1970, el escritor Enrique Wyld decía que el producto artístico de Ramón Ávila llegaba "como catapulta, como cuchillo, como himno, como vuelo, como sentimiento, como emoción, como idea, como sugerencias, al corazón..." Y es que, aunque sea un tanto ingrato decirlo, la voz del artista europeo - que en esencia seguía siendo Ramón Ávila -, le permitía alzar el mensaje desde otra dimensión. Lo que pintaba era creíble porque vivía aquí, pero era observado con los ojos de otra experiencia artística más establecida. La de ser habitante del "Viejo Mundo."

Se puede ver claramente que de alguna manera Ávila desvió el rumbo abruptamente para replantearse nuevos retos relacionados con la profesión. Aunque el contenido social es perceptible en todo lo realizado a lo largo de aquellos años hay una necesidad que insiste en lo humanista que despolitiza el mensaje. Que lo desviste de limitantes banderas y que se introduce sin reparos en las entrañas del sentimiento del autor y la vitalidad de la existencia como fruto de inspiración.

"La pintura de Ávila es intranquilizante y sus dibujos perturbadores" - decía, hacia 1977, el Comisario de Exposiciones del Instituto de Cultura Hispánica de Madrid, Luis González Robles, "no solamente desde el punto de vista de la temática, sino desde el punto de vista de su estilo. Sin salirse totalmente del mundo figurativo, es poseedor de una estilización que tiene mucho que ver con las grandes obras, todas ellas parecen restos de generación de gigantes con vida".

En los años 1977 y 78 Ramón Ávila fue a España a exponer las conclusiones de los años antecedentes de trabajo en Guatemala. Todos los comentarios que acompañaron sus muestras en Madrid y Barcelona resaltaron la atención que el artista asignaba a los motivos populares guatemaltecos. Refiriéndose a estos últimos el crítico de arte Fernando Gutiérrez decía que su pintura se convertía en "ternura violenta... bronca, agria algunas veces..". El mismo crítico de "La Vanguardia" anotaba como Ávila se sentía "testigo... y... disconforme" al mismo tiempo que se revelaba como "un pintor para quien el tema fundamental de su pintura es el hombre."

Años antes, en 1971, Roberto Cabrera dejaba constancia en el catálogo de una exposición de dibujos para el hoy desaparecido Café Literario, la cercanía de Ávila con el referente inmediato del guatemalteco de la calle, del paisano cotidiano. Ese ciudadano colorido por sus ropas, sus costumbres, sus posesiones y carencias. El "charamilero" de la cantina dormitando en la banquetta y el cofrade solemne, ricamente ataviado con sus mejores trajes ceremoniales.

El rotativo La Hora subrayó para esa misma exposición que "el hombre-artista dueño de una mayor sensibilidad percibe con mayor fuerza" la "violencia" el "desequilibrio" la "hecatombe humana que" forma "la circunstancia nacional". "¡Un dominador de las líneas! Un gran dibujante que profundiza el tema, equilibrando lo bello con lo horrendo. Surgen de los picos de su pluma los trazos finos, como han de surgir de la naturaleza los tejidos que el espíritu anima, para conformar el Ser."

"Ha sacado a luz – o a sombra –", dijo aquel año de 1971 Marco Augusto Quiroa para el diario La Nación, "no lo pintoresco, sino los gestos esenciales, las aristas más duras pero también las más plenas de poesía. Una poesía seca y dura como un pedrusco, y a la vez tierna como el perfil amado a la luz de la luna. Lo ha hecho, sencillamente, como quien da la mano..."

Eran él y sus colegas los pintores de visiones que se negaban históricamente por todos los medios y que surgían desbordantemente en lienzos, escritos, en los productos de los intelectuales del período, porque estaban intentando hoyar la conciencia silenciosa y la realidad del pueblo guatemalteco.

En el caso de Ávila se sabe que no había una intención política relacionada con esas realizaciones... El conflicto estuvo allí, a la mano, brindando las posibilidades necesarias para alimentar la inquietud de expresión que habitaba en el sensible artista. No había como ignorarlas, su presencia omnisciente rondaba continuamente la consciencia de la nación.

Ramón Ávila supo realizar las transformaciones necesarias para llevar al lienzo mensajes depurados. Como artista creó observando al referente y no para servir los fines de éste. De modo que despolitizó su producción y absorbió, de las situaciones representadas, nuevos sentimientos humanistas que marcaron el entendimiento de los que entraron en contacto con la obra.

El crítico español Santos Torroella de la Revista Destino y La Galería Syra en Barcelona - realizó en 1978 una descripción de la muestra que Ávila llevara a España. En ella resaltó, como si confirmara lo escrito hasta el momento, que esos óleos y dibujos contenían "temas preferentemente guatemaltecos, muy entrañados en los ambientes, paisajes y costumbres.... Su pintura (...)imbuida de un marcado sabor indigenista.... Sus notas y visiones de viejas ciudades mayas, sus escenas de bailes y marimbas, así como la intensa captación de toda una serie de tipos de gran carácter (...) tienen acento, reciedumbre y, pese a cierta dureza, calidad estimable."

¿Qué hacía Ávila en aquellos años que contrastaba tanto a los ojos de los que escribían acerca de su trabajo? ¿Cómo pudo generar tantas y significativas opiniones? Lo que queda claro es que esas obras ennoblecían la pobreza, exaltaban el dolor, rastreaban la hambruna. Al mismo tiempo eran un grito a la belleza, un altar a las tradiciones y una ejemplar postura ante lo cosmopolita de sus conclusiones.

Ramón Avila, escribió recientemente Irma de Luján, "sabe penetrar en las regiones en donde se encuentra el secreto de las fuerzas primordiales que nutren toda evolución. Capta la naturaleza, la traspone en sus composiciones en su forma original, pero al mismo tiempo se desprende de lo que encuentra opresivo en ella. Nos propone sus propias organizaciones en donde la ironía pareciera ser un medio de defensa, se refugia en espacios infinitamente pequeños dentro de la obra, para así poder darnos el sentido de lo monumental".

La conclusión de la labor de la década del 70 puede tomarse de un documento realizado por el Ingeniero Francisco Motta Lemus. En éste el autor resalta que el período"definió a un Ávila más imbuido de su medio, con una capacidad de comunicación más evidente interpretando el sesgo de los acontecimientos de manifestación grata o ingrata pero siempre humana."

Entre estos habrá que señalar obligatoriamente el impacto del terremoto del 76 y el recrudecimiento de la guerra interna. Ambos fenómenos fueron determinantes en la evolución social de la nación y por lo mismo focos de primer orden en la evolución artística del período.

En 1982, como una afirmación del pensamiento anterior, Quiroa escribía que "en aquellos años" los había hermanado "la amistad y el conocimiento de los mismos problemas y las metas comunes. Más tarde" llegó la reanimación al encontrarse "en las mismas trincheras de una realidad cruda y dolorosa, coronada de espinas pero bella y humana."

La etapa no abstracta de Ramón Ávila es muy rica ya que magnifica una serie de cualidades que van desde la síntesis hasta el más detallado perfil de la psicología popular guatemalteca. Por un lado economiza información innecesaria y por el otro se extiende en emociones comunicadas por efectivas pinceladas. La respuesta era dramática y sutil en armonía.

Ávila era en ese momento el cronista "criollo", no colono, de historias cotidianas contadas con lenguajes europeos y "amerindios" añejados por las experiencias superadas en otros tiempos. "Médico de cuerpos y almas", cuya medicina se aplicaba en bálsamos multicolores que desgranaron la mazorca de una crónica alimentada por una larga historia... "de realidad envuelta de ficción."

LOS AÑOS RECIENTES, LA ABSTRACCIÓN COMO FUENTE DE REALIDAD.

La naturaleza, piensan muchos, contiene lo abstracto. Por lo mismo esta expresión artística parte de ella como una de las tantas formas definitorias que posee. Asimismo, ¿no son el dolor, la alegría, la belleza, la fealdad, el sentimiento,.. algo abstracto? Ávila regresó a la exclusión del sujeto luego de haber redimensionado la realidad sobre la base de su experiencia guatemalteca.

Para entonces, mediados de los años 80, ha vivido ya suficiente tiempo en un país donde prácticamente la utopía aparece en todos los sentidos, concretos o no, hacia donde se quiera indagar. Una Guatemala violenta en su naturaleza, en su humanidad. Pacífica en su naturaleza, en su humanidad. Territorio de tradiciones, afirmaciones y contradicciones. De gente de bien y gente de mal. De ricos y pobres, "de pobres ricos y ricos pobres." País de diversidades, muchas lenguas, culturas y expresiones.

Para el escritor Marco Vinicio Mejía, Ramón Ávila, en 1986 "completó un ciclo." Mismo que comenzó con el abstracto y que terminó en él. Que "evolucionó" hacia "la identidad y la autenticidad." Para Ávila "mantener una línea problemática, aunque los cuadros sean reposados y estén enriquecidos por la experiencia, da la posibilidad que ni la materia proclame su autonomía desmesurada dentro del contexto general del cuadro ni el signo desate por completo su dinamismo grafológico. No hay toros, ni sangre, ni indios venerables de ojos cansados, porque todas las autonomías y todas las libertades se le otorgan al color." Y es que ¿qué otra cosa es la pintura sino color?

"Y ello puede atribuirse - continúa Mejía - a cierto sentido orgánico, de vegetales y aire, de profundidades de laguna y río inatrapable, una remota alusión de conquistas naturales, de vencer el tornado y fundar una hacienda, de reconquistar la tierra y hablar con los árboles... la coherencia de sus manchas, es la seguridad de una herida en la tierra y una caricia en el lienzo. La sensata adecuación entre la densidad clara de una acuarela rescatada de la piedra mojada y el humus de la materia: la ágil herida de los signos expresivos."

Así, tomando sin reservas la opinión de Marco Vinicio Mejía, se pueden encontrar los valores esenciales del continuado espíritu humanista de Ramón Ávila en las nuevas maneras propuestas. Desde ese momento ya no pinta los sujetos protagónicos como fuente de información de emociones. Pinta, en cambio, los sentimientos atrapados en los espectros de energía, luces y sombras, dimensionadas en colores libres de formas reconocibles. Por lo tanto exentos de las directrices sociales que reclamaban y aún en el presente lo hacen - la imagen para poder enfrentarse a la obra.

Esas pinturas contienen el volcán en erupción, los campanarios con sus tañidos, la hendidura de los terremotos, el colorido del altiplano, el espíritu guerrero de los combatientes, la pobreza de las calles, la riqueza de la cultura, el poder, la derrota, los diseños de los tejidos,

las contradicciones, injusticias y los nuevos olores a democracia... son el sùmmum de las experiencias de la historia no contada, al menos no a la manera de este artista, y su modo de interpretarla. Son en esencia Ramón Ávila. El creador que manifiesta su sentimiento mientras, como él lo ha afirmado, piensa, analiza y pinta.

En 1988 el artista salvadoreño Roberto Buezo confirmaba que Ávila se encontraba reorganizándose. Que "la trilogía Dios-Universo-Yo está implícita para nominar, encarnar, expresar y por voluntad artística signar su nuevo mundo a solas... aparecen cuerpos sin reino referente, cuerpos aéreos, terrenales, quizá marinos ... con su luz les está otorgando su verdadera consistencia ... sus composiciones tan vitales quizá nos inviten a meditar sobre las posibilidades de SER en Su realidad..."

Hay por un lado una clara voluntad artística que se vale de la experiencia para operar cambios trascendentales en la comunicación del mensaje. Por el otro lado se aparta completamente de la tendencia que surge en el medio durante la década del 80 y parte de la siguiente, que sin crítica, ni verdaderos espacios de discusión, hace languidecer un sistema plástico que colapsaría junto a muchas instituciones pocos años después. Un sistema que infatuado en la tan esperada comercialización, perdió de vista la trascendencia plástica y se perdió en un marasmo de expresiones insustanciales, dejando de lado valores vitales en el mal conformado medio artístico.

En el caso de Ramón Ávila la independencia del signo, y del sistema, le permitió crear desde el beneficio de su ya conocida individualidad. Sin excluirse de las actividades que dominaron esos años -entre las que se cuentan también las que coronaron el fin del siglo XX - centró gran parte de su atención a las invitaciones que se le hicieran en el extranjero. Entre ellas destacan bienales, exposiciones colectivas o personales, ferias y otra serie de acercamientos relacionados con la experiencia del estampado artístico.

En esta última línea estableció desde hace más de 20 años lo que Tasso Hadjidodou bautizó como una "casa-taller-galería". Espacio en el que ha indagado, hasta lo más profundo, lo relacionado con la creación gráfica seriada. La Tornada, su propia galería de arte y medio difusor de impresión, ha funcionado como el foco de experimentación gráfica que ha rendido múltiples frutos personales y en beneficio de otros artistas.

La revista "Marca" subrayó en febrero de 1998, en la sección galería, el importante papel de La Tornada "como centro artístico/artesanal". Además enfatizó especialmente el carácter de "único" en Centroamérica del taller Arte Papel S.A., conformado por las expectativas creativas de Ávila y su bien configurado clan familiar. Este "atelier" se ha dedicado, según la revista, a la "impresión y grabado en serigrafía como medio artístico, difusor de los valores plásticos, cuyo trabajo es reconocido en muchos países y" que ha sido premiado, por ejemplo, en los años "1986 y 1987 en New Orleans y San Luis-Missouri (USA)."

Sus frutos en este campo podrán ser evaluados en el transcurso del 2001 en una retrospectiva que se exhibirá en el Museo Nacional de Arte Moderno de Guatemala "Carlos Mérida". Espacio - hay que dejar constancia escrita- más que merecido debido a las luces aportadas por sus conclusiones al medio cultural de la nación.

Sin olvidarse de la gráfica como extenso paréntesis básico y vital en su carrera, hay que regresar a la pintura de caballete desarrollada a partir de la ruptura con la figura reconocible en los años 80. Y es que como dejara constancia Irma de Luján "su vocabulario plástico no es el de todo el mundo" Ávila, continúa, "pinta con frotamientos, se apoya en el color tanto y más como en la forma y la línea... hay que contemplarlo con morosa delectación, porque siempre encontraremos" sorpresas en sus pinturas. "Este mundo es un universo críptico, pero sin embargo de deslumbrada claridad, que nos revela que en el universo, al menos el mental, no hay formas sencillas" aunque éstas, expresa Irma de Luján, sean relatadas "sencillamente y sin encono."

Si algo queda muy claro a esta altura del escrito es que la obra de Ramón Ávila no se fundamentó en el sensacionalismo como foco para llamar la atención. Su pintura está envuelta en un orden lógico en el que caben la genialidad libre del artista y al mismo tiempo la experiencia cerebral del mismo. Una conjugación que resuelve conflictos y que no los deja flotando en el aire. Hay un espíritu joven y sagaz que ágilmente recorre toda la dimensión de la obra que matiza y da continuidad a una secuencia evolutiva que abarca a toda su creación.

También es importante recalcar la actitud introspectiva de la que se nutre inagotablemente y de la que algunos analistas, como Gustavo Wyld, hablan en distintos momentos: "la mano del maestro parece discurrir por el lienzo, entretenerse con lo vital y omitir cualquier referencia a un mundo distinto al propio en que vive y se está produciendo la figura."

El abstracto, dice la doctora Silvia Herrera, "podría afirmarse que nace de una necesidad de exteriorizar estados de ánimo interiores y de configurar, mediante la pintura.. un lenguaje universal con códigos nunca antes vistos."

¿Se puede pensar entonces en un Ramón Ávila creador de convenciones plásticas? Seguramente sí. Su trayectoria lo confirma como el artista de alto calibre que se ha dedicado a la construcción de una coherente iconografía personal enriquecida en la constancia de su predisposición para con las artes. La pintura de Ramón Ávila, ya ha quedado anotado, se fortalece de los conocimientos formales y autodidactas de su autor. El nervio existente en su constitución le imprime la especial vida característica. Vitalidad que a su vez germina en la multiplicidad de formas y gamas que Ávila, poseedor de una conciencia muy despierta, matiza en su afán por recrear un nuevo universo, mejor definido.

Ramón Ávila es en sus pinturas el sabio patriarca que ha compartido con la familia, el pueblo guatemalteco, el tesoro de sus libertades plásticas. Es el artista hermitaño que se encierra en el estudio a crear, a mezclar, a dibujar, a rayar, a construir.

Es el hombre introspectivo que sale del silencio con sus ruidosas pinturas para demostrar sus hallazgos y logros.

Cohrente, en la medida de lo que un artista puede serlo, Ávila se mantiene reconstruyendo el mundo avileco que habita en su cabeza. Lo ordena a su estilo propio y lo presenta sin timideces. ¿Que importa si el lienzo no cabe en ningún camión? Él, no importando la dimensión física del soporte, domina el área y la hace suya sin dudar un instante. Se adueña de la paleta y reorganiza el círculo cromático aumentando sus posibilidades al máximo.

Estas obras que tocan el año 2000 y que amarran su historial con el presente están “dispuestas dentro de una estructura predominante: armazones y entreveraciones de líneas y color sostenidas por un eje”, dice Silvia Herrera de la Universidad del Istmo. “El entramado de ires y venires del pincel da testimonio de un trabajo acabado, serio, meditado. El carácter sintético y a la vez complejo de las composiciones se encuentra doblemente amarrado por un rotundo balance cromático... El color (...) lo vemos ordenado y encuadrado por la línea; los difuminados atenúan el impactante colorido de los óleos y suavizan el lápiz de los guaches...”

Para ver atinadamente esta obra se requiere la distancia. Distancia no sólo física, sino reflexiva. Hay que vivir estos lienzos, hay que reflexionarlos para encontrar sus volúmenes, para descubrir su tridimensión, para respirar el aire limpio y a la vez denso de su atmósfera... La obra de Ávila es el producto de una constante revisión de sí mismo y de lo que le rodea; refleja su propia vida, sus emociones y sus vivencias. También pone de relieve su profundo respeto por la pintura...”

Ramón Ávila, eso hay que observarlo, no agrade su trabajo, lo cuida, lo respeta. Si éste se pudiera resumir musicalmente alcanzaría niveles clásicos de virtuosismo. La pintura contemporánea y pasada de este artista está marcada por el ritmo en el color, en las formas, en el contenido, en el dibujo... Todo está controlado excepto un detalle en el que reside en el génesis que caracteriza su obra: el incontenible y voluntarioso talento para transformar las formas a su lenguaje personal.

En este aspecto el resultado del nervio sobre la materia es inconfundible ya que está allí, latiendo, manifestándose como ente viviente dentro de la pintura, mirando de frente, sin sezones, ni trampas.

“Su arte ha arribado a una intensa síntesis, de lo que la constituía originalmente, con elementos y visiones latinoamericanas – sobre todo de la cultura y contexto guatemalteco -... Ha dado paso, por ejemplo, a un desconocido barroquismo en su nueva expresión: De núcleos proliferantes. Eslabonados y torneados de espacios y luces cada vez más apasionadas, cada vez más primaverales, cada vez más fermentosas...” decía en uno de sus últimos artículos el fallecido investigador Lionel Méndez D’Ávila.

La vida contenida en la colección que hoy se presenta no explota con los vahos que acompañan a mucha de la plástica joven del presente lapso. Se respiran sanas porque su autor es un hombre sano. Se presienten, no como el fantasma destructivo y apocalíptico que cuestiona sin sentido, sino como el texto limpio del que se puede leer infinitamente, en el presente o en el futuro, por la inspiración que propician en sí mismas las formas coloreadas por la experiencia de su autor. No son fáciles, tampoco difíciles. Son comunicación abierta, como lo es Ramón Ávila.

Una a una las pinturas en esta “revisión” confirman lo dicho sobre este artista. En resumen él pinta tanto con el alma como con la cabeza. Por lo tanto sus pinturas provienen igualmente del razonamiento y del corazón. Atributos que dan especial vida a sus lienzos y que le confinan, sea abstracto o no, a un mundo rico en imágenes energéticamente espirituales.

Sensoriales, emotivas, intuitivas... las obras en exhibición son la historia de estos treinta y tantos años, del catalán guatemalteco Ramón Ávila, que hoy se antojan únicamente como vívido antecedente a lo que vendrá. Son el camino recorrido que lleva hacia la panorámica llena de expectativas que no menguan, igual que el fuego perenne que habita en su autor.

“hay artistas que transforman el sol en una mancha amarilla”, dijo en algún momento Pablo Picasso, “pero hay otros que con la ayuda de su ingenio, transforman una mancha amarilla en el sol.” ¿Qué mejor manera para cerrar todo lo dicho sobre este importante autor?